

Molinos de viento
Barcelona, Octubre 2005

Me encanta esta ciudad. Es de las más vivibles que he conocido. Y siento un fondo de pena cuando calculo lo lejos que estamos en Buenos Aires de ese adjetivo. Y unas gotas de envidia, hay que confesarlo. Esta buena gente, los catalanes -que un ínfimo porcentaje de españoles tienen aunque no les guste admitirlo-, tienen la costumbre de celebrar la fiesta de la patrona de la ciudad. La Mercé es el 24 de septiembre, pero organizan jolgorio por una semana. Un jolgorio a la catalana, eso sí: organizado, con los excesos medidos, y horario de cierre de algunos negocios. Hay escenarios en varios puntos de la ciudad, con buenos artistas, en general, y por las calles van los *correfocs* -un particular desfile de diablos y monstruos que echan fuego-, los *balls de gegants* - unos muñecos enormes que representan oficios, y que bailan al son de una orquesta tradicional-, y los emocionantes *castellers*. Las diadas castelleras de la fiesta son lo mejor. La plaza del Ajuntament se llena de gente a rebosar, y de esa masa de personas surge de pronto una pila, otro montón que se apoya en los hombros de la multitud, y a los hombros de los que a su vez se trepan cuatro más, mientras otros van trepando por la pila humana. Así, llegan a formar nueve pisos, a lo alto de los que se coloca, por un segundo el *anxeneta*, un niño lo suficientemente fuerte, liviano y hábil como para no tirar abajo el *castell*, que ha trepado más que nadie. Si tienen oportunidad de viajar a Catalunya, no se lo pierdan. Completan el cartel los cuentacuentos, una especie de plaga que hace cierta la frase aquella de que un lobo es una maravilla de la naturaleza, y muchos una jauría, magos, acróbatas -tuve la oportunidad de ver a unos que eran el asombro-, grupos musicales mayores y menores, fuegos artificiales cada noche y hasta un meteorólogo de la televisión hablando, con mucho criterio, del calentamiento global.

Como el tiempo acompaña, la ciudad se transforma en el patio de todos, y todos nos vamos encontrando en un lugar u otro. Las fiestas de la Mercé son un ritual para despedir definitivamente el verano, y abocarnos a octubre, y al invierno laboral.

fernandoblasco.com

Dos apuntes: La Mercé es la patrona de Barcelona, y representa a María madre de Dios, en la liturgia católica. Pero aquí, contestatarios y sutiles como son los catalanes, no le dicen la *Verge* (Virgen), sino la *Mare de Déu de la Mercé* (Madre de Dios).

El segundo es que siempre llueve para las fiestas de Barcelona. La patrona oficial de la ciudad era Santa Eulàlia. Cuentan que allá por un año lejano, en un siglo al que nuestros argentinos libros de historia casi sin historia no llegan, una peste terrible asoló la ciudad. Duró varios años, y a los barceloneses, sin saber cómo librarse de un destino tan penoso, les creció la fe, y se encomendaron a todos los santos que conocían. Resultó que la peste terminó un 24 de septiembre, día de la Mercé, y la muestra de gratitud que se les ocurrió fue nombrarla nueva patrona de la ciudad, en detrimento de Santa Eulàlia. Siempre llueve para la Mercé, y cuentan que son las lágrimas de Santa Eulàlia por el cariño perdido de la ciudad.